OBSEQUIO DE
WILL & BAUMER, S. A.
"La Moderna" Velas de todas clases.
7a. San Cosme, 111. México, D. F.

LA CONFESIÓN
Y LA
PSIQUIATRÍA MODERNA

POR EL

R. P. RAMÓN RUIZ AMADO, S. J.

La Confesión

y la

Psiquiatría moderna

POR EL

R. P. RAMÓN RUIZ AMADO, S. I.

Consejero de Instrucción Pública

LIBRERÍA RELIGIOSA
Aviñó, 20: BARCELONA
1924

Con las debidas licencias

La Confesión

y la

Psiquiatría moderna

Una de las cosas en que más adelantan las modernas ciencias de la Naturaleza es en demostrar la íntima conexión entre nuestro organismo y los actos psíquicos o anímicos.

Por desgracia, muchos hombres de Ciencia, poco versados en Filosofía racional, sacan de esa conexión un concepto materialista de la vida humana. Pero éste es vicio de *interpretación* de los datos científicos, y en nada amengua el valor de los aludidos descubrimientos, los cuales reciben, sin la más mínima violencia, la recta interpretación que les da la antigua Filosofía de Santo Tomás, admitida generalmente por los católicos.

Lo único incontrovertible son los *hechos* bien establecidos, y éstos nos demuestran, con evidencia cada día mayor, que hay en-

tre el cuerpo y el alma, en el hombre, una continua reciprocidad de influjos; de manera que, así como las afecciones orgánicas influyen en la determinación de los estados y operaciones anímicos, así también—con no menor eficacia,—los actos de las facultades superiores del alma ejercitan una influencia indudable en los estados del organismo, siendo capaces de determinar en él la salud o la enfermedad, especialmente en aquellas dolencias que radican en el sistema nervioso central, el cual, como órgano de la imaginación y del apetito sensitivo, ejercita y recibe mayores influjos de la vida anímica.

La ciencia que se ocupa generalmente en la curación de las enfermedades cerebrales que se traducen en desarreglos del funcionamiento de las facultades superiores del hombre, es la *Psiquiatría* (1), la cual se vale para dicha curación, ya de medios físicos, ya de medios psíquicos.

A su vez, la ciencia que por medios psíquicos procura remediar las enfermedades, ya sean físicas, ya psíquicas o anímicas, se llama *Psicoterapia* (2).

En estas páginas no vamos a ocuparnos

(1) De las voces griegas ψυχή el alma y ἰατρός el médico.

(2) De ψυχή, el alma, y θεραπεύω, cuido.

en ésta, sino más bien en la primera, en cuanto se propone la curación de ciertas perturbaciones nerviosas, que determinan un general estado valetudinario, por el remedio psíquico de la *comunicación* de los pensamientos o afectos penosos, cuya gravedad había sido el primer origen del estado morboso.

Y no pretendemos tratar de esta materia como especialistas—pues no lo somos en Medicina, sino en Pedagogía y Moral;—sino sencillamente nos proponemos vulgarizar algunas ideas, que juzgamos de mucha importancia, inspiradas en un sistema de Psiquiatría que hoy llama justamente la atención de los sabios, es a saber: el llamado *Análisis psíquico* del especialista vienés Dr. Segismundo Freud.

Expondremos estas ideas con toda sencillez, por el orden que se nos han ofrecido en nuestros estudios y experiencia; pues no destinamos estas páginas a los sabios, sino a las personas de general cultura para quienes pueden ser de interés vital.

* * *

Estudiando la obra magna de Ernesto Meumann (1), que ha sabido reunir en tres

(1) *Vorlesungen zur Einführung in die experimentelle Paedagogik und ihre psychologischen Grundlagen*, Leipzig, Engelmann, 1911-13 y 14.

gruesos volúmenes los más acendrados rendimientos de la masa enorme de materiales acumulados en varias naciones (sobre todo en Alemania, Francia y los Estados Unidos), por los trabajos de laboratorio psíquico-experimental, encontramos un caso que nos llamó poderosamente la atención.

Trata Meumann de los estorbos de la acción voluntaria, y dice: (I, 641 y sigs.).

«En estos últimos años se ha descubierto otro grupo de estorbos de la voluntad particularmente graves; es a saber: aquellos impedimentos que llegan al terreno patológico, y se originan de la conciencia de la culpa; los cuales ofrecen especial peligro para el desarrollo psicológico cuando se juntan con el peculiar fenómeno de la *exclusión* psíquica.

»Puede acontecer que un niño, por cualquiera ocasión, haya cometido una falta grave (o que le parece tal), cuya memoria se le hace intolerable. Cuando se trata de niños de alguna edad, puede acontecer que ese recuerdo sea insufrible para su propia estima y conciencia de su dignidad. Al propio tiempo rehuye toda manifestación de aquel hecho que pesa sobre su conciencia, y oculta su acción, no menos a los compañeros que a los mayores. Entonces puede acaecerle una de dos cosas: o que sufra física y moralmente bajo la penosa recor-

dación continua de su falta, o que se produzca una *exclusión* patológica de aquella memoria y de todos los demás recuerdos con ella conexos. Aquel conjunto de intolerables representaciones de su fantasía, sale enteramente de la esfera de su conciencia y (aposentado en la conciencia subliminal, o subconciencia) produce síntomas de más o menos graves enfermedades nerviosas, especialmente del género histérico *(Histeria infantil)*.

»Toda la vida voluntaria y sentimental del individuo que padece esa *exclusión* (1), aparece gravemente apesgada. Reina en él un estado de depresión, se debilita la energía de la voluntad, se hacen ordinarios los estados de indiferencia e indolencia emocional y moral, y se sigue una creciente degeneración moral».

—Y aquí viene lo que más nos llamó la atención, cuando por primera vez leímos este pasaje: «En tal situación, la única esperanza de salvación para el niño consiste, frecuentemente, en que halle una persona mayor (un médico, un educador, un *hombre)* que comprenda su estado, con quien tenga entera confianza, y que provoque en él una completa *explicación* de los hechos penosos que originaron la *exclusión* de la memoria consciente.

(1) *Verdrängung* la llaman en alemán.

»En una conversación hábilmente dirigida, se puede resucitar la perdida memoria de todos aquellos sucesos olvidados; y así se produce una manera de *reacción* y como transformación de aquellas impresiones que pesaban sobre el alma (aunque inconscientemente).

»Si entonces logra la persona a quien se confía el enfermo descargar completamente aquel peso que gravaba su conciencia, ya sea disculpando los hechos, o compensándolos con un sincero arrepentimiento, parece poderse obtener por ese camino la curación, así de la dolencia física como de la degeneración moral.

»Cuál sea el nexo causal entre esta exclusión de los afectos y recuerdos, por una parte, y los daños físicos y morales que de ella se originan, por otra, todavía no se ha explicado suficientemente. Pero el mérito de haber descubierto su importancia pertenece, no obstante, al psiquiatra vienés Segismundo Freud y a sus discípulos».

Hasta aquí el caso patológico, cuyo ulterior estudio remite Meumann a los psiquiatras. Por nuestra parte hemos de limitarnos a indicar lo que ya dijimos en otra parte (1): Que apenas hallamos otro medio que el de la *confesión católica,* para obtener ese efecto deseado por la Psiquiatría, de que el niño (o el adulto) descubran enteramente los senos de su conciencia a una persona de toda confianza, y obtengan de esta suerte la *exoneración* psíquica, necesaria para iniciar su curación.

(1) *La Educación Hispano-Americana,* n. de Abril de 1916, págs. 49.

Y esto, no sólo porque es muy difícil (o moralmente imposible) que el médico, y menos el maestro, inspiren esa confianza al enfermo de una psicosis producida por el modo dicho, sino porque, aun obtenida la manifestación, ni el médico ni el maestro podrán disponer de recursos tan poderosos como el sacerdote católico, para *ensanchar* esa conciencia oprimida y devolverle la perdida elasticidad y esponjamiento.

¿Qué medios tiene la Medicina o la Pedagogía (sobre todo *laica),* comparables en este concepto, con aquel: *Levántate, que ya Dios te ha perdonado,* que puede decir el sacerdote católico después de la confesión?

Omito el peligro de que, estimulado por el deseo de la curación, ingiera el médico no muy escrupuloso o docto en Moral (que no es su especialidad), ideas menos exactas o totalmente falsas y, por ende, llenas de futuros peligros, no atendiendo sino a producir de momento la reacción de aquella pobre conciencia oprimida. Aunque se proceda con toda corrección, como se puede esperar de médicos y maestros doctos y

cristianos, nunca podrán éstos alcanzar la eficacia expansionadora del alma, que se contiene en la *absolución sacramental,* debidamente explicada al penitente.

El conocimiento de este caso clínico, nos estimuló a proseguir el estudio de tan importante materia; y posteriormente, en la práctica de las misiones y dirección de las almas, hemos hallado nuevas enseñanzas, que nos han movido a formular por escrito, en estas breves páginas, lo que más de una vez hemos expuesto en conferencias privadas y públicas; esto es: la importancia inmensa de la *Confesión sacramental,* como medio para curar aun las naturales dolencias psíquicas, descubierto, bien fuera de su intención, por la *Psiquiatría moderna.*

* * *

El caso referido por Meumann, como otros que hemos leído más tarde en las obras del mismo S. Freud (1), son casos en cierto modo *típicos;* pero sin llegar al carácter agudo de ellos, que hace sean comúnmente considerados como *patológicos,* hay otros infinitos casos de verdadera *dolencia psíquica,* tanto más difíciles de curar, cuanto el paciente se tiene menos por

(1) Vgr., en sus Prelecciones de la Clark University de Worcester (1909).

enfermo, y por tanto, está menos dispuesto a someterse a tratamiento.

Saliendo del estudio, demasiadamente estrecho, de esos casos clínicos, caracterizados por la *exclusión* de la memoria consciente, y extendiendo la consideración a otros muchos que, sin ese accidente, participan en el fondo de la misma naturaleza; hallamos que *toda acción* contraria a la naturaleza racional del hombre, produce en él una graveza o pesadumbre, consciente unas veces, y subconsciente o inconsciente otras.

La razón de esto es harto sencilla para los que profesamos en Filosofía moral que la *moralidad* consiste en la conformidad de los actos humanos (libres) con la naturaleza racional en cuanto tal.

De la misma manera que cuando nuestro estómago ingiere una substancia contraria a su naturaleza física o estado presente, experimenta una molestia y gravamen, que puede ser mera dificultad de la digestión, y puede ser trastorno mortal producido por un veneno; siendo la *moralidad* la conveniencia con la naturaleza racional del hombre, toda acción *inmoral,* como contraria a dicha naturaleza, le ha de producir una molestia o pesadez, que unas veces se traduce en *dolor* sensible (como la indigestión aguda), otras en mera graveza

que perturba la serenidad del ánimo, produciendo tristeza, mal humor, y un malestar indefinido, que frecuentemente atribuímos a personas o cosas que nada tienen que ver con él.

El que se ha dejado llevar de la ira injusta, vgr., queda con un sentimiento interno de amargura, que, en su verdadero fondo, es desagrado de la *propia acción*, contraria a la naturaleza racional; pero muchas veces se disfraza en el hombre mundano, dando a entender al mismo paciente que no es sino efecto de la mala conducta de los que han sido ocasión de nuestro violento enojo.

De esta manera, casi todas las faltas que cometemos nos sugieren *excusas* de nuestra propia culpabilidad, achacando nuestras acciones desordenadas a defecto de los demás.

El avaro se revuelve contra el que le pide, o aun contra aquél que no le pide, pero que su conciencia le dicta debía favorecer, e inculpa sus antiguos despilfarros, causantes de su pobreza actual (¡que le está *muy bien empleada!*), o su haraganería o necedad en la gestión de los negocios, etc.

¿Qué es lo que le mueve a esas inculpaciones?—No otra cosa sino el secreto *malestar* causado en el fondo de su alma por la deformidad de su propia avaricia.

De la misma manera *molesta* al lujurioso

la castidad de los demás, y acusa de *hipócritas* a los que no son como él deshonestos. El irreligioso ataca sañudamente como *fanáticos* a los creyentes más sinceros; y así, generalmente, los que están manchados con algún vicio, en vez de defenderse o excusarse, toman la *ofensiva* e impugnan a los que viven libres de él.

¿Cuál es la razón de este fenómeno tan común? Se dice vulgarmente que la virtud ajena molesta al vicioso porque es una *tácita reprensión* de sus propios desórdenes. Ya podrá ser esto en muchos casos; pero no parece razón suficiente en todos; pues, en muchos de ellos, la persona virtuosa, por su humildad, timidez y hasta apocamiento, no es a propósito para imponerse al vicioso descarado, como molesto censor.

Más profunda y científica nos parece esta otra razón: que el vicioso siente un interno *malestar*, una inconsciente o subconsciente pesadumbre, que le pone mal humorado y con necesidad de descargar en los otros ese mal humor, que racionalmente debía volver contra sí mismo, para procurar su corrección. Y como lo que le apesadumbra es su modo de proceder *contrario a su propia naturaleza racional*, naturalmente se irrita contra aquellos cuya conducta es conforme a dicha naturaleza racional ultrajada. El actual espectáculo de la virtud le

hace más sensible (aunque no siempre conscientemente) la discrepancia de sus defectos, y acrecienta su malestar, mientras sus fuerzas afectivas continúan en su viciosa dirección. Por el contrario, desde el momento que las rectifica, el ejemplo de la virtud ajena le produce una impresión por extremo placentera. Por eso, el convertido, busca naturalmente la compañía de los buenos y se halla muy a su sabor entre ellos.

Estos hechos de experiencia cotidiana, ilustrados por los casos clínicos que estudia la Psiquiatría, nos conducen a la misma conclusión a que llega Freud: que hay muchos *elementos patológicos en la vida ordinaria,* en la vida de las personas que no se tienen por enfermas y a quienes nada pasa menos por las mientes que someterse a un régimen psiquiátrico (1).

Estos síntomas patológicos de las enfermedades *morales,* no siempre se exteriorizan en formas antisociales, como la tristeza, mal humor, *spleen,* pesimismo y mordacidad contra el prójimo. Tal vez con más frecuencia todavía se traducen en cierta *inquietud* que parece plétora de vida; en necesidad de *actividad* exterior, sed de placeres sensitivos, y cierto frenesí que arrastra

(1) Cf. Freud, *Psychopathologie des Altagslebens,* Berlín, 1910.

al paciente a las risas y diversiones *bulliciosas,* las cuales dejan luego su ánimo exhausto y desolado con íntima amargura.

En nuestra juventud conocimos un *caso típico* de esta disposición patológica, en un antiguo compañero que se había entregado a los desórdenes más graves que el mundo tolera indulgentemente en la juventud. Era un muchacho amable en la sociedad, alegre, decidor; trabajaba con actividad febril las horas que necesitaba consagrar a un empleo lucrativo, y luego se lanzaba con el mismo ardor a la corriente de los placeres: comía, bebía, gastaba y parecía divertirse locamente.

En este estado le hallé después de varios años de separación, y me acogió con alegría bulliciosa; me convidó a comer, me dió largo champagne, me llevó al teatro..., y cuando, después de aquella velada, al parecer felicísima, nos retiramos a su casa y continuamos nuestra efusiva charla sentados en un balcón (era tiempo de verano), me confesó que, después de tales orgías no se sentía capaz de resistir la soledad; y cuando no podía ya evitarla, no tenía otro remedio—para no pegarse un tiro,—que llenarse de ron hasta quedar completamente embriagado y dormido.

Diré de paso que aquel joven (a quien tuve la suerte de poder reconciliar con su

familia, y volver, por lo menos temporalmente, al buen camino), sin otra medicina que su reformación moral, quedó curado de aquel estado patológico.

Pero este caso es *extremo*. No obstante, arroja mucha luz para comprender muchos otros que pertenecen a eso que llama Freud *Lo patológico en la vida cotidiana*.

Esa *inquietud* que se advierte en muchos de nuestros contemporáneos; esa sed de diversiones ruidosas; esas demasiado clamorosas carcajadas con que procuran aturdirse; no son sino síntomas harto claros para el ojo clínico ejercitado, que descubren una *psicosis* más o menos grave.

En lo que hemos de disentir enteramente de Freud es en el origen de esos desequilibrios psíquicos. El psiquiatra vienés cree (por la endeble inducción de un corto número de casos) que todos ellos nacen de la inevitable represión del *erotismo* prematuro o antisocial. Pero aunque ése es *uno* de los factores que pueden contribuir a producir tales desarreglos psíquicos (1), no es único, ni puede elevarse a *regla general*.

Antes al contrario; en las psicosis que provienen de un origen genésico, se halla la razón común asignada por nosotros; al

(1) Véase nuestro libro *La Educación de la Castidad*, 3.ª ed.

paso que es imposible demostrar que, en todos los casos de perturbación psíquica, intervenga el factor erótico.

Cabalmente el *erotismo* es uno de los móviles que provocan más acciones contrarias a la naturaleza racional en cuanto tal. Y por eso, y no por ser eróticas, producen semejantes acciones la perturbación psíquica, origen del estado patológico. Desde el momento que no se las considera como contrarias a la Naturaleza racional, cesa toda la influencia morbosa de las mismas; y así, aun Freud quiere que, cuando el *Análisis psicológico* haya descubierto tales excesos como punto de partida de la psicosis, se comience por presentarlas a la conciencia del paciente como inculpables, o menos culpables de lo que le habían parecido. En una palabra: para hacerlas inocuas, quiere que se las despoje de su carácter inmoral; luego en ese carácter de *inmoralidad* estaba el fómite mórbido. Pero es así que ese carácter se puede hallar (y, por tanto, puede ser causa de desequilibrio psíquico) fuera del distrito de las afecciones eróticas; luego no es el *erotismo*, sino la *inmoralidad*, la razón común de los actos causantes de dichos desequilibrios.

De todo lo dicho hemos de concluir: 1) que toda acción inmoral deja en el ánimo (consciente o inconscientemente) una per-

turbación y alteración, que puede fácilmente redundar en el sistema nervioso y convertirse en origen de una psicosis más o menos aguda; 2) que muchas de las manifestaciones morbosas que se advierten en la moderna vida cotidiana, son efecto de precedentes desórdenes morales; 3) por tanto, el tratamiento de esos desequilibrios, que labran la infelicidad de la mayor parte de nuestros contemporáneos, ha de ser el indicado para las enfermedades que caen bajo la jurisdicción de la Psiquiatría.

Tú, lector mío amable, no te tienes acaso por enfermo. La *neurastenia,* la *psicastenia,* no te amenazan, por lo menos sensiblemente. Mira, no te acontezca como a tantísimos que se tienen por sanos; a quienes consideraba como tales la Medicina antigua; pero la Medicina moderna, de más perspicaces ojos, amonesta a que se cuiden y se pongan con tiempo bajo la dirección de un facultativo.

Tú comes de todo, y no te sienta mal. Pero acaso tu dentadura alberga ya los gérmenes de caries que te darán más adelante dolores terribles, si con tiempo no la cuidas. Tal vez eso que te parece apetito excelente, es la *tenia* que en breve te debilitará espantosamente.

Anda por nuestras calles mucho movimiento acelerado, que parece exuberante

actividad. Resuenan muchas risas clamorosas, que parecen sana alegría... Yo me atengo al parecer de Freud: ¡hay debajo de esa aparente salud, mucha *patología callejera!* Examínate amigo mío; no sea que debajo de tus buenos colores estés alimentando los gérmenes de la tuberculosis.

—¿Gozas de tranquila paz? ¿Te hallas bien a solas? ¿Sabes alegrarte con tus propios pensamientos; con los entretenimientos honestos, con las lecturas sanas? *¿Eres feliz?*

—¿No? Pues mira que tienes *obligación* de serlo, y es menester que examines cuanto antes, por qué resquicios se te escapa esa legítima felicidad, patrimonio de la buena conciencia, de la *salud del alma.*

Y si te das cuenta de que hay en ti algo desequilibrado, aunque no te produzca dolor, sino esta *inestabilidad*, agitación, bulliciosa expansión, que hemos dicho; hazme el favor de acudir al médico, antes de que tu enfermedad se haga crónica, y por el mismo caso, incurable.

* * *

En uno de los viajes que he hecho dando conferencias sobre varias materias pedagógicas y apologéticas, en diversas ciudades de Europa y América, se me presentó un caballero, a quien por su aspecto

exterior juzgué desde luego neurasténico.

Pidióme hora y sitio para tener conmigo una detenida conferencia, y habiéndoselos señalado, no sin temor de que habría de someter mi paciencia a una terrible *lata;* me dió la grata sorpresa de ofrecerme en su persona un *caso* de tratamiento psiquiátrico de los que podían ser para mí más interesantes.

Aun cuando no me lo declaró en confesión, ni jamás se confesó conmigo, lo explicaré con la discreción necesaria para que por ningún hilo se pueda sacar el ovillo de su individualidad, que lo mismo podría hallarse en Madrid que en Buenos Aires.

Es, pues, el caso, que mi *paciente,* siendo muy niño, había ejecutado una acción enteramente *amoral;* pero que una persona necia le afeó gravemente como una gran falta contra su padre.

El niño no tenia ya madre (con quien por ventura hubiera desahogado su afligido pecho), y su turbación fué tal, que le trabó la lengua para que no se atreviera a hablar a su padre; y así pasó día tras día y semana tras semana. Limitábase a contestar con gestos de cabeza o monosílabos. Hízose en casa huraño, se reconcentró, y comenzó la vía dolorosa de una larga serie de degeneraciones morales y psíquicas, que se tra-

dujeron en diversas fobias y defectos morales y sociales.

Las especiales circunstancias de su vida hicieron que, en medio de tan graves dificultades, llegara sin particular contratiempo a edad adulta, y siendo ya dueño absoluto de sus acciones, y mirándose como ordinario *neurasténico,* se dirigió a Ginebra para someterse al régimen de Mr. Dubois, que promete librar de esa penosa dolencia.

Por lo visto, el sistema de Dubois (diametralmente opuesto al de Freud), pone su fuerza en las *exhortaciones* con que *ilustra* la conciencia. Procede, digámoslo así, de fuera a dentro, por medio de una especie de *enseñanza* tranquilizadora. Pero como esta enseñanza es *determinista* (como generalmente la doctrina de Mr. Dubois), nuestro enfermo se comenzó a escamar y, no sintiendo tampoco particular alivio, terminó su tratamiento despidiéndose cortésmente del doctor y pagando su cuenta.

Sin otro designio que gozar de las bellezas de Suiza, se dirigió entonces a Zurich, y una serie de providenciales casualidades le condujo allí a la clínica de *Psychoanalyse,* regentada por un discípulo de Freud.

Con esa facilidad con que se abre a cualesquiera sugestiones el que viaja por el extranjero sin una finalidad y rumbo fijos, se sometió a su tratamiento, que resulta no

muy diferente de unos *Ejercicios espirituales* suavizados en la parte material.

Pusiéronle en una alegre y confortable habitación, al cuidado de una diligente enfermera, con orden de descuidar totalmente de sí mismo y de todas las cosas del mundo, durante los días de su estancia en aquella mansión agradable.

Fuera de esta parte material, puramente *higiénica,* todo el tratamiento se reducía a una hora de sesión matutina con el médico o practicante que se encargó de él. El cual, el primer día, le explicó la teoría de las dos regiones de la psique humana, *consciente* y *subconsciente* o *subliminal.* Las enfermedades psíquicas se originan, según esta teoría, de *ideas* o *recuerdos* que han desaparecido de la esfera consciente, y se han refugiado en la inconsciente, donde ejercitan su influjo morboso, como verdaderas *espinas* clavadas en el alma, que no producen noticia de sí, pero sí inflamación y dolor.

Para sacar estas espinas, o (sin metáfora) para hacer que estas ideas o memorias emerjan a la luz de la esfera consciente, han empleado muchos psiquiatras el *hipnotismo*. El principal progreso de Freud consiste en substituir ese medio, siempre arriesgado, por el *Análisis psicológico,* el cual no se practica en las clínicas de Freud, como en ciertos laboratorios de Psicología

experimental o de Criminología, por medio de series de preguntas, aptas más bien para aumentar la enfermedad que para curarla. Al contrario; una vez propuesta al enfermo su *necesidad* de escarbar hasta lo más hondo del alma, y sacar de ella, por una sincera declaración hecha al médico, todos los recuerdos o ideas que hay en lo más hondo; el médico se limita a escuchar.

Por eso hemos dicho que procede (al revés de Dubois) de dentro a fuera. El médico no da más que el revulsivo, y luego deja pacientemente que el enfermo vaya declarando todo cuanto le viene a la memoria, empezando por los primeros y más antiguos recuerdos de su niñez, y sin recatar aun las acciones o deseos más vergonzosos.

Naturalmente, no a cualquiera médico se animará un enfermo a hacer tales declaraciones. Le ayudará (como en el caso nuestro), la idea de que Zurich y la clínica de Freud están a algunos miles de kilómetros de su país, y que por tanto, no hay probabilidad alguna de que el tal facultativo, dado que sea capaz de una indiscreción, tenga ocasión la más remota de cometerla.

Cuando el enfermo —*en treinta horas* de esta confesión general,— declaró haber dicho ya cuanto recordaba y sabía de sí, el médico le estimuló con algunas observaciones.

—¡Hum...!—le decía,—V. no me lo explica todo. Yo veo claramente que me recata V. algo. Comprendo su natural repugnancia. Pero mire que sin esto no es posible su entera curación.

Con estos excitantes, el enfermo volvía a escudriñar su conciencia, y ya añadía algún hecho o circunstancia olvidados, ya aseguraba con toda aseveración, que nada más le quedaba en el buche.

Terminada—en treinta días—aquella prolija historia, el médico se limitó a entregar al enfermo un papel que contenía una lista de sus *fobias*.

En realidad había obtenido dos efectos: uno era extraer aquel recuerdo penoso que había sido origen de su mal, y que, en el caso presente, bastaba poner de manifiesto para demostrar su inanidad. El otro efecto principal era la *exoneración psíquica* de aquel ánimo, cuya dolencia había nacido precisamente de funesta opresión. Por eso el enfermo sentía positivo alivio, y quedaba con ganas de repetir el tratamiento...

Aquel hombre, taciturno por efecto de su psicosis, hablaba con vivacidad y como quien muele de represa. De la misma manera me refirió su historia (pues la neurastenia no se la dejó en Zurich); y yo le miraba sonriendo, interrumpiéndole a veces con una risa franca, y viendo alegremente

que, la temida *lata*, aceptada por puro amor de Dios, se me había trocado, por su disposición amorosa, en una conferencia para mí por extremo interesante.

—¡Qué lástima—le dije, cuando hubo terminado,—que el practicante de Zurich no fuera sacerdote con licencias!

—¿Por qué lo dice V.?

—Porque de haber tenido facultad de perdonar pecados, ¡le ahorraba el trabajo de hacer otra confesión general! Pues, en efecto, lo que V. hizo en Zurich, fué una espléndida confesión general *laica*, y ahora acaba de confirmarme en una idea que germinaba ya en mi cabeza.

—¿Y es?

—Que la *confesión católica* es el más poderoso método de curación de las enfermedades anímicas, no sólo según nos lo enseña la Religión católica, sino también, según lo confirma la *Psiquiatría moderna*.

—Usted—continué—hizo, sin percatarse de ello, unos verdaderos *Ejercicios espirituales... laicos*. Y le aseguro a V. que pocas veces, en los Ejercicios ignacianos, se han hecho confesiones generales de *treinta horas*.

Con todo eso, el *Análisis psicológico* de Freud no alcanza, ni puede alcanzar, una curación tan radical como la Confesión católica.

1.° Porque la Confesión católica *previene* esa cerrazón del alma, que tan funesta suele ser a tantos, por más que, en naturalezas robustas, no llegue a la declarada neurastenia. Los venenos que matan a una persona débil, no producen más que un tremendo cólico a otra más resistente. Aunque, así y todo, no creo que a nadie le divierta tener una de esas colerinas.

Si V. se hubiera confesado periódicamente con un confesor *fijo* y discreto, él hubiera advertido la cerrazón de su ánimo, y seguramente V. mismo se lo hubiera abierto, y hubiera evitado el origen de todos sus daños.

Y mire V.; la mayor parte de esas gentes que andan precipitadamente por las calles... y por el camino de la vida, llevarían un paso más higiénico, si se confesaran con frecuencia y debidamente.

2.° y principal. Porque si, en casos como el de V., donde se trata de una *vana aprensión,* es fácil tranquilizar el ánimo y devolverle la quietud, en otros muchos, en que el origen del desequilibrio psíquico es un hecho verdaderamente criminal de efectos *irremediables,* no sé qué pueda decir la Filosofía de Freud para restituir al ánimo una paz absoluta.

Por el contrario: el Sacerdote católico tiene en su mano la dispensación de la

Sangre de Cristo, de infinito valor para curar las más encanceradas llagas; tiene en los labios las palabras de Cristo: *Confía, hijo, perdonados te son tus pecados!*

Por eso podemos afirmar que quien use, con la frecuencia y modos debidos, de la Confesión sacramental, *nunca* incurrirá en tales enfermedades del alma (el cuerpo otras medicinas necesita), no ya en esas agudas y propiamente *clínicas,* sino ni aun en otras cotidianas que los enfermos se pasan por la calle, pero que les roban la paz y la felicidad de la existencia.

* * *

Y cuenta con que hasta aquí no hemos dicho una palabra del aspecto sobrenatural: del que mira a la *reconciliación con Dios,* fuente de todos los verdaderos bienes.

A la verdad, por mucho que concedamos a los efectos naturales, psiquiátricos, de la confesión sacramental, no es posible explicar por ellos todos los admirables frutos que de ella se siguen, y que con frecuencia admiran a los mismos misioneros y confesores más experimentados.

Hemos visto muchas veces a hombres que habían andado apartados de la fe, que al ser invitados a volver a ella, se sentían llenos de innumerables dudas y dificultades, nacidas de las lecturas irreligiosas fre-

cuentadas imprudentemente durante muchos años. A pesar de sus deseos de volver al buen camino, nos decían con amargura: «Padre, ¡no puedo creer! Las creencias sencillas de mi juventud han naufragado definitivamente en este agitado mar de cavilaciones, objeciones y dificultades».

Y no obstante, cuando han hecho su confesión, cuando han oído las dulces palabras de perdón e indulgencia general, que les ha dicho Jesucristo por boca del sacerdote, todas aquellas dudas han desaparecido. La fe ha renacido con toda su ingenuidad juvenil, y ellos mismos se han reído de sus dudas anteriores.

—«No, Padre; nos han dicho; no eran dudas de la inteligencia; eran temores de un corazón que se sentía enemistado con Dios!»

Y lo mismo que con la fe, acontece con las pasiones más arraigadas; con esos vicios contra los cuales no se siente ya el vicioso con fuerzas para resistir y luchar.

Desde el momento que hace una buena confesión, desde el momento que derrama su corazón a los pies de Jesucristo, a quien considera en la persona de su ministro, parece que el cáncer es extirpado, y la carne se siente de nuevo sana y vigorosa para cicatrizar las llagas hediondas que la práctica inveterada del vicio había ahondado.

No hay remedio más eficaz para luchar

contra cualesquiera vicios, por fuertes y habituales que sean (sobre todo contra el vicio sensual), que la confesión sacramental. Podrá ser que sobrevengan recaídas; podrán sentirse, por efecto de ellas, vacilaciones y desfallecimientos; pero si persiste el tratamiento, tarde o temprano acaba por vencer la *parte mejor*, favorecida por la poderosa gracia sacramental.

¡Qué lástima que tantos hombres de alma por otra parte recta y deseosa del bien, por no valerse de este remedio, contra el cual los previenen las ideas sectarias y los humanos respetos, se vean casi irremediablemente entregados a sus flaquezas, cuando tan fácilmente podrían librarse de ellas, por medio de la confesión sacramental!

Y ¡qué incomparable alegría gozan los tales, cuando se deciden a dar este paso! Hemos oído a algunos, que habían apurado la copa de todos los placeres, de todos los honores y triunfos del mundo, declarar que *nunca* habían sentido una alegría tan íntima, tan efusiva, tan durable, como el día que se lavaron de sus culpas en esta saludable piscina instituída por Cristo para sanar todas nuestras dolencias.

Ciertamente, estos efectos no se explican por sola la *Psychoanalyse* de los psiquiatras. Hay que admitir el influjo directo de aquel otro Médico divino, que obra con

la gracia sobrenatural, cuando nosotros ponemos los medios que están en nuestra mano.

Pero como la gracia (según enseñan los Santos) se acomoda a la Naturaleza, la cual no destruye, sino perfecciona, nada tiene de extraño que se hallen tan grandes afinidades entre este medio de Psiquiatría divina, y los que va descubriendo la Ciencia humana, en su incesante esfuerzo por hallar nuevos caminos por donde aliviar las miserias de la humanidad.

A. M. D. G.